

Don Quijote y la aventura: ¿una huida del mundo?*

Jesús Pons Dominguis. Universitat de València

El objetivo de esta ponencia reside en indicar cómo en el Quijote se muestra de manera ejemplar uno de los rasgos que Peter Sloterdijk en su libro *Extrañamiento del mundo* considera centrales, a saber, la *huida del mundo*. En efecto, nuestro propósito estará dirigido a señalar uno de los pasajes más conocidos e importantes de la inmortal obra de Cervantes, concretamente un fragmento de la I parte en el que Don Quijote decide “suspender” sus aventuras para adentrarse con Sancho en Sierra Morena y allí perderse entre los bosques para realizar alguna que otra “penitencia”. Es en dicho capítulo donde se establece una relación con lo que podría llamarse siguiendo a Foucault el “cuidado de sí”, es decir, una serie de “técnicas” o “ejercicios espirituales” que enlazarían la figura del Quijote con la de algunos místicos o santos españoles: San Juan de la Cruz, Ignacio de Loyola o Santa Teresa. Pero esto lo veremos posteriormente, antes será preciso que nos centremos brevemente en exponer algunos de los aspectos más destacados del libro de Sloterdijk antes mencionado.

Lo primero que tenemos que tener presente es que a lo largo de la historia han sido muchas las formas en las que el hombre ha intentado “evadirse” de la realidad y huir del mundo en el que se encontraba en busca de otro mundo o realidad mejor. No es lugar aquí para comentar si es posible *huir del mundo* o en qué medida tal pretensión está condenada al fracaso. Lo relevante, a nuestro juicio, reside precisamente en dicha pretensión, en la *voluntad* de multitud de hombres y mujeres de, en un momento dado, querer escapar y huir de la realidad en la que se encuentran.

Puede decirse que desde la Antigüedad se han venido realizando una serie de prácticas que permitían el acceso a un determinado tipo de realidad distinta a la habitual y que podía considerarse “fuera del mundo”. Estas prácticas son muy diversas y se aplican no sólo al cuidado del propio cuerpo, sino también al del alma. El objetivo de algunas de ellas es preparar al sujeto para la muerte, otras sin embargo, inciden en el conocimiento de uno mismo, en el famoso “Conócete a ti mismo”. En la cultura Occidental son la tradición estoica y posteriormente el cristianismo las mayores influencias para el desarrollo de este tipo de prácticas que, a nuestro entender, culminan en la elaboración de una serie de ejercicios espirituales por parte de monjes y santos o místicos. En este sentido, un buen ejemplo de ello lo encontramos en la figura de Ignacio de Loyola que como tendremos ocasión de comprobar guarda una estrecha relación con el Quijote.

Por tanto, como decíamos, la realización de dichos ejercicios es uno de los medios por los cuales se puede tener acceso a esa huida del mundo. Ahora es el momento de realizarnos la siguiente pregunta: ¿Qué es lo que puede motivar el deseo de “abandonar” este mundo? ¿Es cierto descontento o malestar el que ha llevado a los hombres a querer huir del mundo? Desde luego, resulta imposible dar una respuesta clara a estos interrogantes u otros que pudieran realizarse, sin embargo, en lo sucesivo intentaremos

aportar algunas indicaciones que nos permitan alcanzar una mayor comprensión del fenómeno de la huida.

En primer lugar, resulta evidente que al tomar conciencia de nosotros mismos nos percatamos de estar en un mundo, en una circunstancia determinada y por lo tanto, que no tenemos más remedio que hacer algo con nuestra vida suponiendo que hayamos decidido seguir viviendo. Pues bien, el problema es que la vida como diría Ortega da mucho *quehacer*, por ello mismo, no tenemos más remedio que ir haciendo nuestra vida a cada paso y elegir entre las distintas opciones que se nos presentan, entre las distintas posibilidades que el mundo nos ofrece. Pero resulta que una de esas posibilidades que el mundo nos muestra es la de querer abandonarlo, la de sentirnos insatisfechos y no conformes con aquello que nos rodea. Por tanto, ante dicha situación no cabe más alternativa que “salvar la circunstancia”, es decir, aceptar la realidad que se nos muestra o, por el contrario, rebelarse contra ella. Pues bien, podemos avanzar que esta es la actitud de D. Quijote, mejor dicho, la de Alonso Quijano. Pero sobre esto volveremos; ahora nos interesa destacar otra dimensión del problema al que nos enfrentamos cuando tomamos conciencia de estar en un mundo: nos referimos a nuestra condición mortal, al hecho de ser seres abocados a la muerte y, por tanto, hombres que estamos de “tránsito” sin un lugar definitivo donde poder quedarnos. Este aspecto es fundamental como veremos a continuación.

Recordemos que desde Platón una larga tradición ha venido considerando que la filosofía surge del “asombro” y de la “perplejidad” del mundo que nos rodea. Dejando al margen la validez o no de esta tradición, lo cierto es que el hombre es el ser que se extraña de sí mismo y es el único cuya existencia le causa asombro y confusión: “¿Por qué hay algo en lugar de nada?” es la pregunta metafísica por excelencia, según nos dice Heidegger recogiendo la célebre pregunta planteada por Leibniz. A nuestro entender, uno de los motivos por los que la existencia nos sigue resultando problemática es que tenemos que hacer algo con ella, al menos desde que decidimos seguir viviendo, por tanto, tomamos conciencia de que somos seres *futurizos* y que nuestra vida está “emplazada”, por utilizar la expresión de Zubiri. ¿Qué queremos decir con tal expresión? Pues que la vida nos pone un plazo para poder realizar nuestro *proyecto*, aquello que queremos ser y que no tenemos más remedio que ir construyéndolo a cada instante, ya que la circunstancia en la que vivimos nos “obliga” a tener que elegir entre múltiples posibilidades. Ahora bien, el problema surge cuando por alguna razón, decidimos no elegir aquello que *queremos*. Es entonces cuando comenzamos a estar *insatisfechos* con nosotros mismos y a reaccionar contra nuestro entorno o circunstancia. Esto es lo que le acontece no a D. Quijote, sino a Alonso Quijano y por eso su primera salida estaba condenada al fracaso desde el principio. Pero no entremos ahora en ello. Precisamente por no estar satisfecho con su vida *decide* ir en busca de *aventuras* y convertirse en *héroe*, en el *Caballero Don Quijote de la Mancha*. Y aquí nos encontramos con uno de los puntos capitales de este artículo: la figura del *héroe* cuyo rasgo característico reside, según Ortega nos dice en las *Meditaciones del Quijote*, en pretender ser lo que aún no se es, dicho de otra manera, en querer ser él mismo, *querer* su trágico destino, un destino para el cual ha sido llamado y no puede dejar de acudir: la *voluntad de aventura*. Ortega considera que uno de los rasgos de la vida del héroe es que vive en constante dolor, precisamente

porque no tiene más remedio que luchar para llegar a ser él mismo. En palabras del propio Ortega:

Como el carácter de lo heroico estriba en la voluntad de ser lo que aún no se es, tiene el personaje trágico medio cuerpo fuera de la realidad. Con tirarle de los pies y volverle a ella por completo, queda convertido en un carácter cómico (...) El héroe anticipa el porvenir y a él apela. Sus ademanes tienen una significación utópica. El no dice que sea, sino que quiere ser...¹.

En este importante pasaje de la obra de Ortega aparece un aspecto crucial para el tema que venimos tratando: el hecho de que el héroe tenga medio cuerpo fuera de la realidad, por tanto, su pretensión de buscar la aventura lo acerca a la huida del mundo, lo sitúa fuera de la realidad, a pesar de que su *querencia* sea efectivamente real.

Por otra parte, quisiéramos insistir en el aspecto del dolor en el héroe, ya que no sólo Ortega nos habla de ello, también Sloterdijk en el libro que mencionábamos al principio nos señala este rasgo:

Al héroe no le duele en especial ninguna parte de su ser, sino todo. Ahí no hay situación que no sea desesperada. El motor de la formación del Yo heroico es la total autoexaltación desde el total hundimiento en el océano de desamparo...².

A continuación indico un punto clave en el pensamiento de Sloterdijk que nos permitirá entender de manera precisa el carácter de Don Quijote y el hecho de que quiera emprender un largo viaje en busca de aventuras. Nos referimos a la importancia de la historia. Indudablemente este aspecto ya ha sido tratado por multitud de filósofos antes que Sloterdijk, no obstante, si lo mencionamos es debido a que este autor en la actualidad ha vuelto a poner de manifiesto este problema en relación con la figura del héroe. Para nuestros propósitos, conviene recordar que ya Unamuno en su libro *Vida de don Quijote y Sancho* señalaba el hecho de que no sabemos nada acerca del pasado de don Quijote:

Nada sabemos del nacimiento de Don Quijote, nada de su infancia y juventud, ni de cómo se fragua el ánimo del Caballero de la Fe, del que nos hace con su locura cuerdos. Nada sabemos de sus padres, linaje y abolengo, ni de cómo hubieran ido asentándose en el espíritu las visiones de la asentada llanura manchega en que solía cazar...Se ha perdido toda la memoria de su linaje, nacimiento, niñez y mocedad...Su linaje empieza en él...³.

Unamuno advierte con claridad la ausencia de “pasado” en D. Quijote; no sabemos nada de su niñez, nada sabemos de su familia o de sus antepasados, en definitiva, D. Quijote carece de “historia”. ¿Qué importancia puede tener para comprender su carácter el hecho de que no tenga pasado? ¿En qué afecta para su vida el no poseer una historia? Para empezar, implica que tiene que “construirla”, “fabricarla”, “inventarla”, no tendrá más remedio que partir de cero e iniciar él mismo su propia historia, su propia aventura; por eso afirma Unamuno que “su linaje empieza con él”. Para compren-

¹ J. Ortega y Gasset. *Meditaciones del Quijote*. Madrid: Cátedra, 1995. p. 237-9.

² P. Sloterdijk. *Extrañamiento del mundo*. Valencia: Pre-Textos. 2001. pp. 34-5.

³ M. de Unamuno. *Vida de Don Quijote y Sancho*. Madrid: Alianza, 2000. p. 43-4.

der la importancia de la historia y del pasado en la vida de un sujeto nada mejor que acudir a la obra *Historia como sistema*. En ese libro Ortega señala que la historia nos muestra todo lo que el hombre ha sido, es decir, nos indica todas las posibilidades que el hombre ha intentado para ser, todos los ensayos que el hombre ha realizado para ser esto o lo otro. En otras palabras, la historia nos dice qué es lo que podemos ser entre las distintas posibilidades que ya han sido dadas y realizadas por otros hombres. También cabe la posibilidad de intentar buscar nuevas formas de ser, de fabricarse nuevos proyectos, pero esto supone tener un conocimiento de lo ya sido, aunque sólo sea para no volverlo a repetir. Pues bien, curiosamente Alonso Quijano también recurre en cierta manera al pasado, ya que toma conciencia de la necesidad de contemplar la historia, pues ¿qué otra cosa son los libros de caballerías? ¿No son “historias” referidas a un tiempo lejano? En efecto, Alonso Quijano al no tener historia tiene que acudir a otro tipo de historia: la de los libros de caballerías. Estos libros le sirven como guía para la acción, son su pasado, aquello que ha sido: lector de libros de caballería. Por eso, al decidir convertirse en D. Quijote recuperará ese pasado perdido, esa época dorada de la andante caballería. Esto es de suma importancia, pues como nos dice Sloterdijk —y es aquí donde queríamos llegar—:

El que no ha oído nunca las historias de los dioses, héroes, santos, profetas y artistas es muy difícil que quiera o pueda ser un dios, héroe, santo, profeta o artista. El discurso ha de haberse referido a ‘grandes hombres’, en tercera persona, antes de que un individuo pueda dar en la ocurrencia de ser él mismo uno de semejantes sujetos⁴.

Como podemos observar, esta afirmación se corresponde perfectamente con la situación en la que se encuentra Alonso Quijano. Precisamente por haber tenido el referente de la literatura y, concretamente, los libros de caballerías pudo decidir hacerse uno de ellos. Pues bien, algo parecido es lo que le ocurrió a Ignacio de Loyola, como se encarga el propio Unamuno de recordarnos en la obra anteriormente citada.

Tal y como nos lo cuenta Pedro de Rivadeneira en su libro sobre la *Vida del bienaventurado Padre Ignacio de Loyola*, en su juventud Loyola era muy aficionado a la lectura de los libros de caballería. En una ocasión en la que estuvo enfermo en la cama, quiso leer un libro de caballerías y, como no encontró ninguno, leyó la vida de los Santos y la de Cristo, hasta el punto de que comenzó a “trocarle el corazón y a querer imitar y obrar lo que leía”. Tan decidido estaba, que un día sin decir nada a nadie emprendió su viaje en busca no de aventuras, como D. Quijote, pero sí en busca de hacer y conseguir grandes cosas —tal y como hicieron los Santos que él había leído—. No podemos detenernos en comentar todos los paralelismos que aparecen en el Quijote y la autobiografía de Loyola o el texto de Rivadeneira. A nuestro juicio, resulta evidente que Cervantes tuvo en mente en los primeros capítulos de su obra no sólo a Ignacio de Loyola sino también a San Juan de la Cruz y su poema *Noche Oscura*.

Una de las tesis básicas que defendemos reside en el hecho de que D. Quijote, en uno de los pasajes centrales de la obra, decide realizar una serie de ejercicios que pueden considerarse de carácter espiritual o purificador, es decir, realiza una serie de “peni-

⁴ P. Sloterdijk. *Extrañamiento del mundo*. p. 41.

tencias". En este sentido, podemos conectar estos elementos con las prácticas del "cuidado de sí" que Foucault analiza en algunas de sus obras. Concretamente, a nuestro entender, D. Quijote es un buen ejemplo de lo que Foucault denomina "Tecnologías del Yo". ¿Qué son esas tecnologías? La respuesta nos la da el propio Foucault:

...aquellas que permiten a los individuos efectuar, por cuenta propia o con ayuda de otros, cierto número de operaciones sobre su cuerpo y su alma, pensamientos, conducta, o cualquier forma de ser, obteniendo así una transformación de sí mismos con el fin de alcanzar cierto estado de felicidad, pureza, sabiduría o inmortalidad (...)⁵.

Podemos observar que don Quijote se amolda perfectamente a lo descrito por Foucault, en la medida en que efectúa *por sí mismo* y con ayuda de otros (Sancho Panza, los Duques) una serie de operaciones: pensamientos, actuaciones o "cualquier otra forma de ser" con el objetivo de conseguir una *transformación de sí mismo* y alcanzar cierto grado de felicidad e inmortalidad. Esto se ve con claridad en múltiples pasajes donde D. Quijote muestra su deseo de alcanzar fama y renombre para los tiempos venideros.

A continuación exponemos los pasajes donde se muestra lo que he dicho hasta ahora:

—Paréceme a mí —dijo Sancho— que los caballeros que lo tal hicieron fueron provocados y tuvieron causa para hacer esas necesidades y penitencias, pero vuestra merced, ¿qué necesidad tiene de volverse loco? (...) —Ahí está el punto —respondió don Quijote— y ésta es la fineza de mi negocio, que volverse loco un caballero andante con causa, menudo mérito: el toque está desatinar sin ocasión y dar a entender a mi dama que si en seco hago esto, ¿qué no hiciera en mojado? ... Así que, Sancho amigo, no gastes tiempo en aconsejarme que deje tan felice y tan no vista imitación. Loco soy, loco he de ser hasta tanto que tú vuelvas con la respuesta de una carta que contigo pienso enviar a mi señora Dulcinea; y si fuere tal cual mi fe se le debe, acabarse ha mi sandez y mi penitencia; y si fuere lo contrario, seré loco de veras, y, siéndolo, no sentiré nada" (Quijote, I, cap. XXV).

Aquí aparece claramente el tema de la penitencia y la locura como una imitación realizada libremente por parte de D. Quijote. El otro fragmento dice lo siguiente:

...Naturalmente eres cobarde, Sancho —dijo Don Quiote, pero... por esta vez quiero tomar tu consejo y apartarme de la furia que tanto temes; mas ha de ser con una condición: que jamás en la vida ni en muerte, has de decir a nadie que yo me retiré y aparté de este peligro de miedo, sino por complacer a tus ruegos (...) Señor, respondió Sancho, que el retirar no es huir, ni el esperar cordura, cuando el peligro sobrepuja a la esperanza..⁶

Si el viaje emprendido por Don Quijote en busca de aventuras puede considerarse como una forma de *huida del mundo hacia delante* como dirá Sloterdijk, no es menos cierto que dentro de ese viaje se produce, como hemos visto, otra forma de huida que a nuestro entender, refleja perfectamente el fenómeno de la "emboscadura" tal y como la describe Jünger en su libro con dicho título. Lo que nos interesa es ver hasta qué punto

⁵ M. Foucault. *Tecnología del yo*. Barcelona: Paidós. p. 47.

⁶ M. de Cervantes. *Don Quijote de la Mancha*. Madrid: Castalia, 1997. pp. 303-4.

tanto la acción realizada por Don Quijote como el “emboscado” pueden considerarse una forma de *huida del mundo* o por lo menos, huida de una determinada situación a la que no saben hacerle frente, es decir, en la que son incapaces de hacerse cargo de la realidad en la que se encuentran. Pero no podemos entrar en ello.

Para finalizar, quisiera señalar que al final de la obra Don Quijote realiza un ejercicio de “destrucción” de la identidad, pues logra desprenderse de todo aquello que hasta ese momento le ha servido como acicate para seguir viviendo. Podríamos decir que su proyecto estaba condenado al fracaso, a pesar de regresar a casa siendo “vencedor de sí mismo” que, en opinión de D. Quijote, es la mejor manera de ser vencido.

Jesús Pons Dominguis
Universitat de València

* Esta ponencia pertenece a un trabajo mucho más amplio que estoy realizando como parte de mi proyecto de investigación. Mi propósito consistía en realizar una aproximación al Quijote desde un aspecto concreto de la obra, por tanto, la ponencia no debe entenderse como algo definitivo, sino al contrario, como un conjunto de notas.